

Azul, 23 de febrero de 2013

Santo Padre,

Me complace unirme a la súplica presentada a S.S. por la declaración de Santa Gertrudis como Doctora de la Iglesia Universal. Quisiera destacar la actualidad y la importancia de la experiencia sponsal que ella nos aporta, desde su personal y concreta vivencia espiritual, tanto para la vida consagrada como para la vida matrimonial.

Gertrudis, como todas las místicas medievales, es teóloga. Se trata de una teología encarnada en una experiencia femeninamente sexuada, en la que el cuerpo no está ausente. La experiencia de Gertrudis hunde sus raíces en la vida afectiva, allí donde más sexuada y carnalmente se expresa la unión de la pareja humana. En los diferentes libros del “Heraldo” y en los “Ejercicios” encontramos su rica y estimulante doctrina

“En esta visión, fuente de dulzura... nadie podrá encarecer el modo con que Tú, suave dulzura mía, alegraste no solo mi alma, sino también mi corazón con todos los miembros del cuerpo; solo Tú sabes lo que obraste en mí; por lo tanto, mientras viva, te rendiré un humilde servicio” (L II, 21).

‘Yo veo que continuamente puedo decir con toda verdad: ‘He aquí mi Amado’, ya que no solamente el secreto de mi corazón, sino todos mis miembros se han conmovido, a causa de ti’” (L. III, XII, 2, 5-9).

Gertrudis o Trutta, como era conocida en la comunidad, era una mujer cabal, en consecuencia su espiritualidad es típicamente femenina. Numerosas veces se refiere a Dios o a Cristo con personificaciones femeninas: *bonitas, pietas, sapientia, veritas*, equilibrando los conceptos analógicos que se refieren a Dios y yendo más allá de concepciones ligadas al género (SN 167).

En el lenguaje de Gertrudis resuena o se trasluce la fuerza del eros o amor-pasión, pero su estilo lleno de poesía impide al lector caer en sentimentalismos o erotizaciones vanas.

“¡Oh, recíbeme en el secreto de tu Amor! Mira que mi corazón aspira ardientemente al beso de tu amor. Ábreme la cámara secreta de tu bella dilección; mira que mi alma ansía el abrazo de tu íntima unión. Ah! prepárame ahora el festín de tu abundante misericordia, incitándome a la mesa de tus dulzuras (...). Tú abundas y sobreabundas de todos los bienes, de una manera inestimable, y te comunicas a tu criatura admirablemente. Ah! Nútreme de Tí mismo con generosidad, pues ¿cómo podría subsistir la chispa, sino en su fuego, y cómo una gotita sino en tu manantial?” (Ex. V).

El amor de Gertrudis expresado en sus escritos, es el amor de una mujer madura, que ha dejado muy atrás las frivolidades de la juventud. Hablando de sí misma, se llama *sponsa* y *uxor* (Ex. V, 77; III, 286) es decir, esposa y mujer casada.

“Oh! ¿Cuándo me saciarás de alegría con tu dulce rostro? Entonces contemplaré y veré al verdadero Esposo de mi alma, mi Jesús, a quien ya en su sed se adhiere y hacia Quien se dirige por entero mi corazón” (Ex. V).

El tema y la experiencia sponsal es fundamental en el Heraldo y por medio de él Gertrudis expresa su encuentro con Dios y su unión con El. Para manifestar esta unión sponsal Gertrudis no vacila en hablar, siguiendo al Cantar de los Cantares de: caricias, besos, abrazos, embriaguez y heridas de amor.

“No ignoro que tu omnipotencia inescrutable, en el exceso de tu ternura, acostumbre a acomodar con gran acierto, la visión, o el abrazo, o el beso, y las demás muestras de amor, conforme al lugar, tiempo y persona, como lo he experimentado muchas veces (...) Repetidas veces he experimentado la mansedumbre y suavidad de tu dulcísimo beso (...) con frecuencia diez o más veces, durante un salmo, estampaste en mi boca un deliciosísimo beso, que excedía en suavidad a todo aroma o dulce

bebida, y observé además muchas veces tu mirada llena de amor entrañable, y sentí en mi alma estrechísimo abrazo” (L II 21).

En los Ejercicios, Gertrudis llama a Jesús, Esposo celestial, o, más enfáticamente, con el vocativo Amor. Jesús es para ella, el más amado de todos los amados (*omnium carorum carissime*), por consiguiente no faltan: besos, caricias y abrazos, y otros temas tradicionales, como el *vulnus amoris*, la *desponsatio*, el *connubium amoris* y la *copulatio animae cum Iesu* (cfr. Ex 3 y 5).

“Oh Jesús, único Amado de mi corazón, dulce amante, Amado, Amado, Amado por encima de todo lo que fue amado jamás: tras de ti, ¡oh día primaveral, lleno de vida y de flores!, suspira y languidece el amoroso deseo de mi corazón” (Ex. III)

“Oh, recíbeme en el secreto de tu amor. Mira que mi corazón aspira ardientemente al beso de tu amor. Ábreme la cámara secreta de tu bella dilección, mira que mi alma tiene sed de los abrazos de tu íntima unión...” (Ex. V)

“¡Ojalá oh queridísimo querido mío, te aprese en lo más íntimo de mi ser y te bese, para que realmente unida a ti, me adhiera inseparablemente a ti!”. (Ex V)

“¡Oh dulcísimo beso, que yo, pequeño grano de polvo, no sea olvidada por tus lazos, que no sea privada de tu contacto y de tu abrazo, hasta volverme un solo espíritu con Dios! (1 Co. 6,17)” (Ex V)

De allí su especial devoción por el Sacramento de la Eucaristía, sacramento destinado a hacernos uno con el cuerpo de Cristo, hasta la resurrección de nuestros cuerpos. La Eucaristía le enseñó que la vocación propia del cuerpo humano es ser don recíproco, mediación de comunión, signo de mutua presencia.

La mística sponsal de Gertrudis es válida, tanto para la sublimación e integración del eros y del sexo en la experiencia sponsal con Dios, por parte de personas consagradas en la virginidad y celibato, como para la experiencia de los cónyuges unidos entre sí y en Cristo por medio del sacramento del matrimonio.

La sponsalidad es algo más amplio que la conyugalidad. Esta última se refiere al modo concreto de vivir la sponsalidad en el ámbito de la institución matrimonial.

La sponsalidad nos remite al proyecto creador de Dios, Dios creó al ser humano varón y mujer, en complementariedad sexual y en un diálogo recíproco y amoroso. Los creó así, precisamente de ese modo, a imagen y semejanza suya, es decir: sponsalmente y con capacidad sponsal.

La sponsalidad significa que el ser humano ha sido creado por amor y para amar, para donarse y acoger. Esto nos lleva a decir que el modelo o paradigma sponsal por antonomasia se encuentra en la relación entre los géneros, es decir entre el varón y la mujer.

Por eso la experiencia sponsal humana puede manifestar analógicamente la experiencia sponsal intratrinitaria, y la experiencia sponsal entre Dios y la criatura humana. La hondura y riqueza de esta experiencia humana, justifica que preste su lenguaje y posibilite hablar de la comunión inefable con Dios, respetando al mismo tiempo el misterio.

“¡Mi Amado, mi Amado!, si no vivo unida contigo no podré ser eternamente feliz. ¡Oh amigo, amigo, amigo! ¡Realiza tu deseo y el mío!

Voz de Cristo: En mi Espíritu Santo te tomaré por esposa; me abrazaré a ti con una unión inseparable (...) Yo mismo colmaré tu deseo y así te haré feliz por toda la eternidad” (Ex.3).

“La que quiera amarme, quiero hacerla mi esposa, amarla y amarla ardientemente (...). Lo que Yo soy por naturaleza, ella lo será por Gracia. La abrazaré con los brazos de mi amor, apretándola sobre el corazón de mi divinidad, para que por medio de mi ardiente amor, se funda como la cera frente al fuego”

La unión mística es puramente espiritual; el alma reformada por el Verbo es conformada en la caridad, amando como es amada (SN 99). Pero el “una sola carne” del amor humano matrimonial es el símbolo más apropiado para este amor esponsal.

“...Lánzate totalmente desvanecida y desfallecida a los abrazos de Jesús, tu Esposo, que te ama; como una abeja diligente, adhiérete completamente con un beso a su amante corazón; pídele un beso cuya fuerza sea tan grande que, muriendo a tí misma, ahora y en la hora de tu muerte, pases a Dios y te hagas un solo espíritu con El (1 Co. 6, 17)...” (Ex. V)

“Por favor, oh amor, cuyo beso es tan dulce, tu eres el manantial del que estoy sedienta, Para tí arde mi corazón, Oh inmenso mar; ojalá, ojalá me absorbas a mí, pequeña gota de agua. Eres para mi alma la entrada viva y dulcísima por la cuál saldré de este mundo hacia ti...” (Ex. V)

“Por favor, oh amor, que tu dilección consumada en mí, sea mi fin y mi consumación. El pacto de la alianza nupcial que mi corazón establece en este momento contigo, muéstramelo, cuando venga la tarde” (Ex. V)

En el caso de los cónyuges unidos entre sí y con Cristo mediante el sacramento del matrimonio, la “divinización” de los cónyuges se actúa cuando el amor conyugal es asumido por el amor divino y cuando se da una fusión entre lo humano y divino (GS 48-49). “El lenguaje del cuerpo en el acto sexual, alcanza una dimensión mística en la experiencia de lo sagrado y del misterio del amor creativo de Dios, inmerso en la masculinidad-feminidad desde los orígenes” (Juan Pablo II: Catequesis 4/7/84)

Todos estamos invitados a las bodas divinas a partir de nuestro ser más íntimo, de nuestro ser esponsal, imagen y semejanza de Dios con nosotros. El matrimonio espiritual es la realización plena de la gracia recibida en el Bautismo: ser copartícipes de la naturaleza divina. La realidad de la esponsalidad humana nos abre al misterio de la esponsalidad eclesial, cristológica y trinitaria.

La esponsalidad con Cristo es un lugar de encuentro entre la espiritualidad matrimonial y la espiritualidad celibataria y virginal. Una y otra vocación, cada una a su modo, realizan la unión esponsal con Cristo Esposo. Cambian las mediaciones y las modalidades pero el objetivo final es el mismo: se trata para unos y para otros de adherirse indisolublemente a Cristo, esposo de la Iglesia y de cada cristiano.

Gertrudis nos enseña esta verdad de honda raíz bíblica y tradicional, no por medio de teorías y discursos, sino en su propia vivencia espiritual, que, por lo tanto, resulta modélica para los cristianos y cristianas de todos los tiempos. De ahí que su espiritualidad esponsal y la antropología relacional que la sustenta, tengan una gran actualidad magisterial para la Iglesia de hoy y del futuro.

Con el deseo de ver a Santa Gertrudis entre los Doctores/as de la Iglesia, expreso a Su Santidad mi constante recuerdo en la oración y mi sincera devoción,

Bernardo Olivera
Abad de Nuestra Sra. de los Ángeles, Azul, Argentina
Abad General Emérito de la Orden Cisterciense S.O.